
Diarios de cuarentena

I 9
DE MAYO

**EL PRINCIPIO
AL FINAL**

En lo que refiere al sistema humano, eso quiere decir que el futuro aún puede ser creado: nuestro imaginario, aquí y ahora, no tiene por qué estar plagado de señales e impresiones apocalípticas de toda forma y escala.

El principio al final

El mundo se puede dividir entre cínicos y utópicos, pero en proporciones que no es fácil adivinar. Los utópicos son los que sueñan, mientras que los cínicos son los que no necesitan soñar o prefieren no soñar porque “las cosas están perfectamente bien”. En ese sentido, psicológicamente, su desidia se manifiesta como una pérdida de interioridad, un rechazo a ver y una resistencia a cambiar.

En casos como este la ambigüedad puede ser destructiva. En la teoría de sistemas complejos un fenómeno similar es conocido como “bifurcación”. Se llama así a una forma de transformación no lineal que ocurre en la trayectoria evolutiva de todos los sistemas complejos, y que marca el final de algunos sistemas y la transformación de otros. Cuando un sistema es incapaz de sostener su trayectoria, de sostenerse a sí mismo, se vuelve particularmente sensible a cualquier estímulo. Por pequeño que sea el ímpetu del detonador, el cambio que activa tiene el potencial de hacer desaparecer o cambiar el sistema por completo, justamente porque ya no es estable.

En lo que refiere al sistema humano, eso quiere decir que el futuro aún puede ser creado: nuestro imaginario, aquí y ahora, no tiene por qué estar plagado de señales e impresiones apocalípticas de toda forma y escala.

“Yo no adscribo a ningún partido, menos al mío”, decía alguien haciendo eco de esta posibilidad. Así como hay seres humanos que buscan respuestas en cálculos globales (“se necesitan dos planetas Tierra para satisfacer las necesidades humanas con la actual población”), hay también quienes no necesitan más que su entorno inmediato —la escala humana, incluso interior— para reconocer

la realidad que impera en todo el planeta. La separación es una ilusión, la unidad una constante ineludible.

Pero la parte consciente de esta constante rema hoy a contrapelo de una inercia asfixiante: la tendencia que tiene esta sociedad a dormirse (“¡Chile despertó!”), a volverse cada vez más robotizante, a repetir una y otra vez las mismas tragedias en dimensiones cada vez mayores, a vivir de manera automática en lugar de estar vivos a lo que demanda la situación.

Vuelven y se multiplican las ollas comunes. La soberanía alimentaria escasea en este mundo (en las ciudades es prácticamente imposible), pero la resistencia es fértil. La guerra de los ricos contra los pobres se agudiza una vez más. Incluso aunque a veces cueste distinguir un lado del otro, la realidad es (de)flagrante. Las armas que ostentan unos pocos en contra de la mayoría —de fuego, nucleares, biológicas, digitales, etc.— les otorgan un poder destructivo que antes solo se podría haber atribuido a un Dios vengativo.

La alimentación con que se “nutre” la clase baja, carne industrial y embutidos, animales engordados con hormonas, inflados hasta reventarse en orines. Mientras el 1% de privilegiados, la casta endogámica criolla, se alimenta de agricultura orgánica, de mieles, frutos seleccionados, etc.¹

Las muy instaladas teorías del instinto de muerte y del instinto sexual han hecho sombra sobre una función tanto más fundamental, el instinto de hambre. Todas las hambres, pero en primer lugar la biológica.

Aunque todos estarán dispuestos a darse cuenta de que nuestro organismo es muy activo en la consunción y asimilación de nuestro alimento, hay menos disposición a darse cuenta de la actividad correspondiente de nuestros sentidos. Estamos tan acostumbrados a pensar en los términos de la teoría del arco reflejo, damos tan por sobreentendido que un estímulo exterior hace que nuestro organismo reaccione de una forma casi mecánica, que requiere un esfuerzo darse cuenta de que

1 Twitter del 18 de mayo.

la percepción es una actividad y no una simple actitud pasiva. Ni el alimento ni las ondas acústicas de un concierto fluyen hacia nuestro sistema por sí mismos.²

Este mundo de contradicciones sobrevive en función de un set de respuestas peligrosamente obsoletas. Se las puede ver enunciadas sin interrupción en los “nuevos medios” en boca de conductores de televisión, políticos, científicos, artistas, futbolistas, expertos, dirigentes, maestros, aspirantes a gurús, estrellas de cine, etc. Junto con sus armas de fuego, los poderosos ostentan un pequeño séquito que a través de sus *hashtags* compone un perfecto cuadro psicótico que mantiene a tantos más completamente desconectados de la realidad. El eslogan “apaga la tele” es sorprendentemente antiguo, tristemente contingente y amargamente poco difundido.

Hay tantos y tantas hace tanto tiempo anunciando el virus, y aún así no predecían nada: ya estaba ocurriendo. Es como si, en retrospectiva, la vida nunca hubiera sido distinta a esta catástrofe/crisis/emergencia. Pero esta es otra más de las ilusiones que develan las intempestivas y frescas insurrecciones que mantienen vivos los horizontes en los territorios que las invocan.

Lo que brota en este despertar a la realidad de la vida y la muerte es una inteligencia interpersonal y colectiva que supera las formas personales e intelectuales que dominan actualmente, y que se aboca espontánea e inmediatamente a producir una forma de vida distinta, a superar la paupérrima sobrevivencia. La economía del amor que se oferta y demanda en nuestros días, con sus interminables *tips* y *apps*, es muy poca cosa comparada con la potencia creadora del amor que surge producto de una inteligencia colectiva.

Por todas partes esta nueva forma de consciencia busca condiciones para desarrollarse libremente. Muchos han hecho ver cómo la cualidad eminentemente no-competitiva y creativa de esta tendencia (que se manifiesta ideológicamente como pacifismo y activismo) es uno de los factores que dificulta su propio esfuerzo por vivir.

2 *Yo, hambre y agresión*, Fritz Perls.

Pero la humanidad reconoce que esa es su verdadera riqueza. Su fortaleza es la integridad, la solidaridad y la paciencia de la que carece por completo su contraparte, la indolencia auto-destructiva y voraz que se opone despiadadamente a cualquier expresión libre de la naturaleza humana y no humana. Esta operación se pone en marcha mediante la ocupación casi total del tiempo-espacio. *Casi*, porque como hemos visto, hay excepciones que confirman la regla que ha de romperse.

Cada uno de nuestros movimientos físicos o mentales es el fruto de causas que provienen de todo el universo y que repercuten en todo el universo. Así se despliega el juego, sin comienzo concebible de la actividad que es el universo. De acuerdo con una de las teorías que tratan de la suerte de las semillas —fuerzas proyectadas en el universo—, estas se depositan en un receptáculo donde permanecen en estado de energías latentes que solo esperan para manifestarse la aparición de condiciones apropiadas. De igual modo que el grano almacenado en un granero espera para germinar que lo pongan en contacto con la húmeda tierra. Sin embargo no dejan de producirse condiciones apropiadas. Así, mientras que caen continuamente simientes en el receptáculo, otras escurren también continuamente bajo la forma de hábitos, de propensiones, de memorias, de orden físico o de orden psíquico, que favorecen la repetición de actos materiales o de actividades mentales que ya se habían producido anteriormente.³

La lucha entre utopía y cinismo habita también en la mente. ¿Quién puede jactarse, por ejemplo, de no tener dificultades para aceptar que todo siempre está por verse? En ese tipo de momentos vale la pena recordar la vieja máxima que reza: “quienes resuelvan nuestros problemas, no serán quienes los han creado”.

19 de mayo

3 *Elogio a la vida*, Alexandra David-Neel.



—Nuevos medios / Viejos miedos. Al día siguiente la policía proyectó potentes luces sobre el edificio.